

## EL SÉPTIMO CÍRCULO Y EL OCTAVO CIELO

Las tornabodas son solitarias. Respétase el recogimiento de los novios, y algo también su sueño retardado. La baraunda de las visitas y de las felicitaciones no empieza hasta después. El 17 de febrero, pasaba de las doce cuando Vasco, con la servilleta y el plumero bajo el brazo, ocupado en asear la antecámara, oyó un ligero golpe en la puerta. No habían tirado de la campanilla, conducta discreta en semejante día.

Vasco abrió, y vió al señor Fauchelevent. Introdújosele en el salón, donde todo estaba aun revuelto, y que ofrecía el aspecto del campo de batalla de la fiesta de la víspera.

—¿Diantre?—observó Vasco,—nos hemos despertado tarde.

—¿Se ha levantado vuestro amo?—preguntó Juan Valjean.

—¿Cómo está el brazo del señor?—preguntó Vasco á su vez.

—Mejor. ¿Se ha levantado vuestro amo?

—¿Cuál? ¿El antiguo ó el nuevo?

—El señor de Pontmercy.

—¿El señor barón?—dijo Vasco, con sus puntas de vanidoso.

Los criados gustan de recalcar sobre los títulos, como si recogiesen algo para sí; las salpicaduras de ceno, como las llamaría un filósofo.

Mario, digámoslo de paso, republicano militante, según acababa de probarlo, era ahora barón á pesar suyo. Habíase verificado en la familia una revolucioncilla acerca de este título; el señor Gillenormand y Mario habían trocado de papeles: el primero argumentaba en pro, y el segundo en contra. Sin embargo, el coronel Pontmercy había escrito que su hijo llevaría su título, y Mario obedeció.

Además, Cosette, en quien empezaba á despuntar la mujer, se alegraba de oírse llamar señora baronesa.

—¿El señor barón?—repitió Vasco.—Voy á ver. Le diré que el señor Fauchelevent le está aguardando.

—No. No le digáis que soy yo. Decidle que hay una persona que desea hablarle en particular, y no pronunciéis ningún nombre.

—¡Ah!—exclamó Vasco.

—Quiero causarle una sorpresa.

—¡Ah!—repitió el criado, pretendiendo explicar con esta segunda interjección el sentido de la primera. Y salió.

Juan Valjean quedó solo.

Acabamos de decir que el salón estaba todo revuelto. Parecía que, aplicando el oído, se hubiera escuchado aún el vago rumor de la boda.

En el suelo se veían flores de todas clases, desprendidas de las guirnaldas que adornaban las fuentes y del peinado. Las bujías, enteramente consumidas, añadían á los cristales de las arañas estalactitas de cera. Ningún mueble estaba en su sitio. En los rincones, tres ó cuatro sillas, aproximadas y formando círculo, como que querían seguir una conversación. El conjunto era risueño.

Los restos de una fiesta conservan aún cierta gracia.

La alegría había reinado allí. En aquellas sillas sin orden, en medio de aquellas flores ya marchitas, á la luz de aquellos candelabros ahora apagados, la imaginación había construido mágicos palacios. El sol sucedía á la araña, y sus rayos penetraban alegremente en el salón.

Pasaron algunos minutos. Juan Valjean permanecía inmóvil en el sitio donde le había dejado Vasco. Estaba muy pálido y tenía los ojos tan hundidos bajo las órbitas á causa del insomnio, que casi desaparecían. Las arrugas de la levita negra mostraban que había pasado la noche sin dormir. Veíase en los codos esa pelusa blanca, que se adhiere al paño con el frotamiento del lienzo. Juan Valjean miraba á sus piés la ventana bosquejada en el pavimento por los rayos del sol.

Al ruido que hizo la puerta, levantó los ojos.

Mario entró, con la cabeza erguida, la boca risueña, el rostro inundado de luz, la frente dilatada, la mirada triunfante. Tampoco él había dormido.

—¡Sois vos, padre!—exclamó, viendo á Juan Valjean.—¡Y ese imbécil de Vasco con su aire misterioso! Pero venís demasiado temprano. Apenas son las doce y media. Cosette está durmiendo.

La palabra *padre*, dicha al señor Fauchelevent por Mario, significaba: felicidad suprema. Había existido siempre entre ambos tibieza y embarazo; hielo que romper ó que derretir; y Mario se encontraba en ese punto de embriaguez en que las dificultades desaparecen, en que el hielo se disuelve, siendo el señor Fauchelevent para él, como para Cosette, un padre.

Continuó con esa superabundancia de palabras propia de los divinos parasismos de la alegría:

—¡Qué contento estoy de veros! ¡Si supiéseis cómo

os hemos echado de menos ayer! Buenos días, padre. ¿Cómo va esa mano? Mejor, ¿no es verdad?

Y satisfecho de la respuesta que se daba á sí mismo, prosiguió:

—Hemos hablado mucho de vos. ¡Cosette os quiere tanto! No vayáis á olvidaros de que tenéis aquí vuestro cuarto. Basta de calle del Hombre-Armado. Basta. ¿Cómo os determinasteis por esa calle tan vieja y tan fea, con una barrera donde hace frío y donde no se puede entrar? Vendréis á instalaros aquí, y desde hoy, ó se enfadará Cosette. Ella se propone llevarnos á todos de la barba, os lo prevengo. Ya habéis visto vuestro cuarto; está junto al nuestro y da á los jardines. Se ha arreglado la cerradura, la cama está pronta; no falta sino que vengáis. Cosette ha puesto cerca de la cama una butaca antigua, forrada de terciopelo de Utrech, á la que ha dicho: Tíen dele los brazos. Todas las primaveras un ruiseñor anida en el grupo de acacias que hay delante de nuestras ventanas. Allí estará dentro de dos meses. Tendréis su nido á la derecha y el nuestro á la izquierda. Por la noche cantará el ruiseñor, y por el día hablará Cosette. Vuestro cuarto mira á Oriente; Cosette colocará en él vuestros libros, el viaje del capitán Cook, el de Vancouver y los demás objetos que os pertenecen. Hay una maletita que me ha dicho apreciáis en alto grado; pues bien, le he destinado un sitio de honor. Habéis conquistado á mi abuelo, le agradáis sobremanera. Viviremos todos juntos. ¿Sabéis jugar al whist? En tal caso, mi abuelo hallará en vos cuanto desea. Los días que yo vaya al tribunal, sacaréis á paseo á Cosette, la llevaréis del brazo, como hacíais en otro tiempo en el Luxemburgo. Estamos decididos á ser muy dichosos; y vos entraréis á la parte en nuestra felicidad. ¿Oís, padre? Supongo que hoy almorzaréis con nosotros.



—Señor,—dijo Juan Valjean,—soy un antiguo presidente

—Señor,—dijo Juan Valjean,—tengo que comunicaros una cosa. Soy un antiguo presidiario.

El límite de los sonidos agudos perceptibles, puede estar lo mismo fuera del alcance del espíritu que de la materia. Estas palabras: *Soy un antiguo presidiario*, al salir de los labios del señor Fauchelevent y al entrar en el oído de Mario, iban más allá de lo posible. Mario, pues, no oyó. Parecióle que acababan de decirle algo, pero no supo qué. Se quedó con la boca abierta.

Entonces advirtió que aquel hombre estaba espantoso. En su feliz enajenamiento no había notado aún la palidez terrible de aquella cara.

Juan Valjean desató el pañuelo negro que sostenía su brazo, se quitó la ligadura de la mano, descubrió el dedo pulgar, y dijo mostrándoselo á Mario:

—No tengo nada en la mano.

Mario miró el dedo.

—Ni he tenido jamás nada,—añadió Juan Valjean.

En efecto, no se veía allí la señal de ninguna herida.

Juan Valjean prosiguió:

—Convenía que no asistiese á vuestro casamiento, y me he ausentado de él todo lo más que he podido. He fingido esta herida para evitar falsedades, para no invalidar los contratos matrimoniales, para no tener que firmar.

—¿Qué significa esto?—preguntó Mario entre dientes.

—Esto significa,—respondió Juan Valjean,—que he estado en presidio.

—¡Vais á volverme loco!—exclamó Mario aterrado.

—Señor de Pontmercy,—dijo Juan Valjean,—he estado diez y nueve años en presidio por robo. Luego

se me condenó á cadena perpetua, también por robo, como reincidente, y á estas horas ando prófugo.

Mario hacía vanos esfuerzos por retroceder ante la realidad, por resistir á la evidencia; preciso era ceder á ella. Empezó á comprender, y, como sucede siempre en casos análogos, traspasó el límite de lo verdadero y entrevió en el porvenir un horrible destino.

—¡Decidlo todo, todo!—exclamó.—¡Sois el padre de Cosette!

Y dió dos pasos hacia atrás con un movimiento de horror indecible.

Juan Valjean irguió la cabeza con actitud tan majestuosa, que pareció tocar el techo.

—Es necesario que me creáis, señor; aunque nuestro juramento no se admita en juicio...

Aquí se detuvo, y luego, con una especie de autoridad soberana y sepulcral, añadió, articulando lentamente y apoyando en cada sílaba:

—Me creeréis. ¡Padre de Cosette yo! En nombre de Dios os juro que no. Señor barón de Pontmercy, soy un aldeano de Faverolles. Ganaba la vida podando árboles. No me llamo Fauchelevent, sino Juan Valjean. Ningún parentesco me une á Cosette. Tranquilizaos.

—¿Y quién me prueba?...—balbuceó Mario.

—Yo. Yo; pues que lo digo.

Mario miró á aquel hombre; estaba lúgubre y tranquilo. La mentira no podía salir de semejante calma. Lo glacial es sincero. La verdad se sentía en aquella frialdad sepulcral.

—Os creo,—dijo Mario.

Juan Valjean inclinó la cabeza como en testimonio de esta frase, y continuó:

—¿Qué soy para Cosette? Un extraño. Hace diez años que ignoraba si existía. La quiero mucho, es

cierto. Cuando uno, ya viejo, ha visto crecer á esos ángeles, es natural que los quiera. Los viejos se creen abuelos de todos los niños. Supongo que no iréis á considerarme desprovisto enteramente de corazón. Era huérfana. No tenía padre ni madre. Me necesitaba, y por eso le he consagrado todo mi cariño. Los niños son tan débiles, que cualquiera, aun siendo un hombre de mi clase, puede servirles de protector. He cumplido ese deber con Cosette. No creo que esto merezca el nombre de buena acción; pero si lo merece, yo la he ejecutado. Anotad esta circunstancia atenuante. Hoy Cosette deja mi casa, con lo cual nuestros dos caminos se separan, y en lo sucesivo no puedo hacer nada por ella. Cosette es ya la señora de Pontmercy. Su providencia ha cambiado, ganando sin duda en el cambio. En cuanto á los seiscientos mil francos, aunque no me habléis de ellos, me anticipo á vuestro pensamiento. Es un depósito. ¿Cómo se hallaba en mis manos ese depósito? Poco importa. Devuelvo el depósito, y no se me debe exigir más. Completo la restitución diciendo mi verdadero nombre. Así me conviene. Sabéis ya quién soy.

Y Juan Valjean clavó la vista en Mario.

Lo que Mario experimentaba era tumultuoso é incoherente. Ciertas ráfagas del destino forman esas olas en nuestra alma.

Todos hemos tenido momentos así; momentos de confusión en que las ideas se dispersan, y en que decimos lo primero que se nos ocurre, y que no es siempre lo más oportuno. Hay revelaciones repentinas que no se pueden resistir y que embriagan como un vino funesto. Mario estaba atónito con la nueva situación que ante él surgía, y se puso á hablar á aquel hombre como si se tratase de una persona impulsada por el odio á hacerle tal confesión.

—Pero, en fin,—exclamó,—¿por qué me decís